

Los conceptos

§ 1.—Análisis de los conceptos

1.—Bajo la denominación de *ideas, conceptos, representaciones intelectuales*, se comprende en psicología todo un orden de formas especiales de la conciencia, que constituyen los elementos primordiales, la materia del pensamiento. Como fenómenos subjetivos, el método único que puede conducirnos á un conocimiento adecuado de los mismos, es la experiencia y observación psicológicas, la intuición inmediata de sus caracteres propios y diferenciales de sus múltiples formas y combinaciones, y de sus relaciones dentro y fuera de la conciencia; porque tratándose de hechos, el punto de partida para una interpretación racional es la observación. El pensamiento humano se reduce en último análisis á ideas, á combinaciones de ideas y á relaciones de las mismas con el mundo objetivo y real. Como el edificio se compone de piedras hábilmente dispuestas, y un discurso de palabras ordenadas de modo que cada una ocupe su lugar, así el pensamiento se compone de ideas relacionadas según leyes. Comencemos, pues, el estudio del pensamiento por este hecho fundamental.

2.—Pero antes de proceder á su análisis, es necesario verle intuitivamente y designarle entre la complejísima variedad de fenómenos que constituyen nuestra vida psicológica; porque tratándose de hechos, lo primero debe ser mos-

trarlos en la intuición real, y á la vista de esa realidad proceder á su análisis é interpretación. Mejor que comenzar por la definición de un concepto, valiéndonos de otros conceptos quizá de significación dudosa, es hacer que, cuando sea posible como en el caso presente, salga la definición de la vista inmediata de la realidad. La intuición psicológica nos ofrece en este vasto panorama interior de la conciencia infinita variedad de fenómenos, que podemos clasificar por analogías y diferencias en unos cuantos grupos generales. Unos son representativos de objetos, que si no son en realidad tales objetos (no queremos ahora prejuzgar la cuestión), aparecen á lo menos distintos y opuestos á la actividad consciente; por ellos el mundo exterior se halla presente á nosotros y dentro de nosotros, no en su propia realidad, si no de un modo original que no puede explicarse con ningún otro concepto, porque nada hay semejante en la naturaleza, y sólo podemos concebirle en la intuición interior del mismo. Aristóteles llamaba á este modo de estar las cosas en nuestras representaciones, *intencional*, por asimilación de la representación á lo representado. Y designamos estos fenómenos con el nombre metafórico de representaciones ó imágenes, porque así como toda imagen ó representación reales, un cuadro ó un drama, son representaciones simbólicas de otra realidad, así aquellos fenómenos son símbolos objetivos por medio de los cuales comunicamos con las cosas extrañas á nosotros, participamos de su vida y la asimilamos la nuestra; son sustitutos de la realidad en la conciencia, ya que la misma realidad en sí no puede convertirse en forma de conciencia, para ofrecerse por sí misma á la visión del espíritu. La representación es el punto de partida de nuestra vida psicológica en relación con el mundo; lo no representado de algún modo en la conciencia, para nosotros no existe.

Hay otras formas de la conciencia que no representan objetos, sino que los suponen representados. Son fuerzas ó energías que, excitadas y dirigidas por las representaciones,

nacen en el fondo de nuestra alma, desplegándose en todas direcciones hacia los objetos de la representación. Reciben el nombre común de *tendencias*, porque son á manera de inclinaciones de la actividad hacia las cosas: tales son los apetitos, instintos, pasiones, emociones, voliciones, etc. De suerte que los actos de la vida psicológica pueden dividirse en dos grandes categorías: unos hacen los objetos exteriores presentes á nuestro interior, los otros son acciones que partiendo del interior se dirigen á los objetos; los primeros constituyen un movimiento de fuera á dentro, son una adquisición, que diría Ribot; el espíritu se asimila los objetos y se hace en algún modo todas las cosas; los segundos son movimientos de dentro á fuera, son un gasto, el espíritu reparte su actividad en los objetos.

3.—Las formas representativas de la conciencia constituyen el *conocimiento*. Pero hay varias clases de conocimientos. Los sentidos perciben las cualidades de los objetos materiales y las afecciones del organismo: la vista, los colores; el oído, los sonidos; el tacto, la temperatura, presión, etc. el sentido muscular y orgánico, las modificaciones y estados interiores del cuerpo. Las representaciones de los sentidos son producidas por la acción inmediata y actual de los objetos; cuando esta acción cesa desaparece la representación, siendo el único medio de comunicar nuestro espíritu con la realidad física; así que cualquiera otra forma superior de representación ha de tener su origen en el fondo de las percepciones sensibles, so pena de estar incomunicada con la realidad. Este conocimiento producido por la acción inmediata de las cosas, es concreto é individual como éstas; cada representación se refiere á una sola propiedad ú objeto en el tiempo y en el espacio. Las sensaciones no se extienden al pasado, y menos á lo futuro, sino solamente á lo actual, ni una sensación puede responder á dos objetos presentes, sino cada una al objeto que la ha producido; podrá haber fusión de sensaciones, que respondan á los diversos modos de acción de un

objeto ó á las acciones combinadas de varios objetos; pero las sensaciones serán tan individuales y concretas como las acciones de los objetos reales que las han determinado.

Estas representaciones no desaparecen de la conciencia cuando los objetos han dejado de actuar sobre los sentidos; quedan en nuestro interior asociadas de mil diversas maneras como sustitutos del objeto, viviendo una vida latente en el fondo inconsciente de nuestra memoria y en disposición de reaparecer con ocasión de otra impresión análoga, ó de algún proceso libre ó espontáneo de asociación interior. Las imágenes así depositadas en nuestro interior y organizadas según leyes, no son más que una copia de las sensaciones, concretas é individuales como éstas, habiendo, por lo tanto, la misma variedad de imágenes que de sensaciones y no existiendo en las primeras elemento alguno que no haya sido dado en las segundas. Como el sistema nervioso central, órgano productor de las imágenes, y el sistema periférico, órgano de las sensaciones, constituyen una sola unidad orgánica y funcional, así imágenes y sensaciones son idénticas en naturaleza, no siendo la imaginación otra cosa que un condensador y organizador permanente de las sensaciones pasajeras.

4.—Sobre estos fenómenos inferiores del conocimiento, comunes al hombre y al bruto, hay otros de orden enteramente diverso, designados con el nombre genérico de *pensamiento*, y de los cuales no aparece signo alguno manifiesto en el animal. Entre la sensación y el pensamiento (*procesos de ideación* como hoy se dice), media un abismo infranqueable. Entre la representación pasiva y mecánica de los sentidos y las concepciones lógicas de la razón, entre la percepción estúpida é inconsciente que el animal tiene de los objetos, y las percepciones reflexivas y razonadas del hombre, no hay ni puede haber nada común. Todos los esfuerzos para salvar este abismo, para establecer la continuidad de la sensación en el pensamiento, ya elevando al ani-

mal hasta el hombre, ya deprimiendo al hombre para colocarle en la misma línea que el animal, son inútiles ante el testimonio de los hechos, ante la experiencia inmediata de la realidad. Esta, en efecto, nos dice que sobre las sensaciones é imágenes representativas de lo concreto é individual, hay otras formas de representación en la conciencia independientes de las condiciones de tiempo y de espacio abstractas y universales, y que son como las leyes comunes á un número indefinido de representaciones concretas. Las sensaciones nos representan lo que existe y ha sido experimentado; el pensamiento ve en lo experimentado, no solamente lo que *es* sino lo que *debe* y *puede ser*; el pensamiento traspasa la existencia y con más razón lo experimentado.

5.—La asociación de sensaciones es accidental, extrínseca, nuestra conciencia no percibe enlace de unas con otras, se verifica en nosotros, pero sin nosotros; las relaciones del pensamiento en los juicios y raciocinios son, por el contrario, internas y reflexivas, sabemos por qué pasamos de unos conceptos á otros, se verifican en nosotros y por nosotros. Así es como la organización de las imágenes se verifica espontáneamente, se nos da hecha toda entera, y la organización del pensamiento resulta del esfuerzo reflexivo y consciente de nuestra actividad mental. Aunque siempre asociadas las representaciones ideales y las sensibles, porque en la naturaleza las formas superiores suponen las inferiores; la intuición interior nos presenta diferencias radicales que las hacen irreductibles. La idea del triángulo y sus propiedades, tal como el geómetra la concibe, no es de ningún triángulo particular presente á la vista ó figurado en la imaginación, de dimensiones, formas y coloración determinadas, existiendo en una porción limitada del espacio, y en un momento de la sucesión del tiempo; sino que es independiente de toda forma particular de tiempo y de espacio, y expresa las leyes internas á que se someten todos los triángulos particulares. La vista y la imaginación se repre-

sentan *tal ó cual* triángulo dado en la experiencia, la inteligencia concibe *el* triángulo con sus propiedades y leyes absolutas. A la vista se ofrecen cuerpos concretos moviéndose en el espacio y sus acciones y reacciones mutuas; y el pensamiento formula las leyes generales é internas de estos movimientos y acciones: vemos el movimiento de un cuerpo en dirección vertical, y otro, y otro, y la inteligencia concibe la ley general que contiene, no ya solamente lo experimentado, que es insignificante, sino lo posible aplicable á todos los tiempos y lugares. Y si la inteligencia es un Newton, no limitará sus aplicaciones á los cuerpos del planeta en que vivimos, la extenderá al universo entero. Así las percepciones de los sentidos y sus correlativas representaciones imaginarias son una parte del contenido conceptual; el hecho experimentado es una parte mínima de lo expresado en la ley y en el principio.

6.—La observación de todos los días y la inducción confirman este análisis general, por la comparación de las manifestaciones psíquicas del hombre con el animal. Posee éste, lo mismo que el hombre, sentidos con que percibe el mundo exterior, centros psíquicos de representaciones imaginarias en donde se acumulan ordenadas las sensaciones para dirigirle en sus relaciones con las cosas; pero carece de representaciones y conceptos ideales, y de ahí que no posea ni necesite del lenguaje, signo del pensamiento racional, ni reflexione sobre los objetos ni sobre sí mismo, ni construya la ciencia, ni dirija su vida ajustándola á un ideal y relacionando los medios con los fines, ni en fin, encontremos en él nada que revele ese mundo superior del pensamiento, que en el hombre analiza y descompone los datos de la experiencia, se extiende al pasado, penetra en lo porvenir, creando ideales á los cuales somete su propia actividad y la naturaleza que le rodea; por eso el animal vive una vida uniforme, invariable, determinada por las leyes inconscientes de su naturaleza interior y las influencias exteriores;

el hombre, por medio del pensamiento, es libre en su interior, y traza constantemente nuevos rumbos á su vida exterior, según los planes de la idea; donde sólo hay sensación, la vida es un automatismo mecánico invariable; el progreso es el resultado de la idea.

7.—La *idea* es un fenómeno de conciencia. Por conciencia suele entenderse este mundo interior de representaciones y tendencias, sensaciones, imágenes, ideas, emociones, etcétera, que constituyen nuestra vida psicológica; pero este es el objeto de la conciencia. La acepción propia y estricta de la conciencia es esta mirada interior del alma con que se da cuenta, haciéndoselos presentes, de todos aquellos fenómenos. Esta vista interior es la que nos ha de guiar para examinar sus caracteres y presentarla tal cual en sí es.

¿Cómo aparecen las ideas en la conciencia? ¿Las saca ya formadas de las profundidades ignoradas é inconscientes de su sér, para servir después de materiales en la construcción del pensamiento, como la araña saca de su interior el hilo con que ha de fabricar su telar? La conciencia nos dice que las ideas son actos del alma, parte de su vida, pero que estos actos están determinados por algo que no es ella misma; el contenido de las representaciones aparece como formas objetivas que se oponen á la actividad interior, y con leyes propias independientes de esta actividad, formas y leyes que se imponen á ella como objetos extraños é independientes y ante los cuales ella actúa como testigo presencial. Cualquiera que sea la interpretación teórica, este testimonio de la conciencia, el dualismo subjetivo-objetivo es el dato inicial, el punto de partida necesario en toda psicología del pensamiento: no hay pensamiento sin sujeto pensante y objeto pensado. La idea constituye el punto de enlace, la tangente, podríamos decir, del sujeto con el objeto; cada uno de estos dos aspectos se proyecta en direcciones opuestas hacia la actividad consciente del sujeto por un lado, y hacia la realidad ontológica por el otro. A

utroque notitia paritur, decía San Agustín, a cognoscente et cognito.

La idea es, pues, una **síntesis**. Cuando yo me represento, v. g., las ideas de «sol, centro de nuestro sistema planetario», la conciencia **manifiesta** la existencia de una actividad que las produce, **apareciendo** como actos míos que salen del fondo de mi **sér**, fugitivos é inestables, y en los cuales interviene mi **espontaneidad** libre haciéndoles entrar ó desaparecer de la esfera de la conciencia; y por este lado las ideas no son otra cosa que yo mismo, modos ó manifestaciones del espíritu. Pero la misma conciencia atestigua con igual evidencia que el contenido de estas ideas se refiere á otra cosa fuera del **sujeto**, representan realidades frente al sujeto, no siendo libre **para variar** estas formas, sino que se le ofrecen impuestas **por** fuerza extraña; y por este lado son objetos distintos del **yo**, que se sitúan frente al sujeto. Y lo mismo que en las **ideas** que se refieren á cosas existentes, testifica la conciencia esta dualidad en los conceptos puros de orden ideal. Los conceptos que desfilan por la mente del geómetra en la **resolución** de un problema, son actos de su inteligencia, **y** como tales parte de su **sér**; pero el contenido de las ideas, **sus** variadas formas no son modos de la conciencia, puesto **que** ésta no es cantidad que pueda adoptar formas **geométricas**, sino una realidad ontológica distinta y opuesta á la **conciencia**, que ésta ve como simple testigo.

8.—Penetremos más **en** el análisis de estos dos aspectos subjetivo y objetivo del **pensamiento**, haciendo resaltar sus caracteres diferenciales. **De** parte del sujeto, en cuanto fenómeno de conciencia, **la** representación mental es una, simple, indivisible; **imposible** dividir en elementos el acto psicológico con que yo **me** represento una idea, aunque ésta se componga de multitud **de** elementos lógicos y objetivos; no cabe medio entre el **existir** toda entera ó no existir, cabe que pueda tener diferentes **grados** de intensidad y viveza,

ser más ó menos clara ó confusa, pero como acto psicológico no se concibe medio pensamiento, ó un tercio, ó un quinto. Por la parte que mira al sujeto, la idea entraña los mismos caracteres del alma una é indivisible que los produce. Desde el punto de vista objetivo, las representaciones intelectuales son casi todas compuestas de variedad de elementos lógicos y objetivos, como son compuestos los objetos en ellas representados; el desenvolvimiento de un concepto, todo trabajo mental consiste en el análisis de estos elementos, en la descomposición y recomposición del contenido objetivo de las representaciones. El físico analiza las propiedades contenidas en la idea de un determinado cuerpo, el matemático descompone su idea de círculo en todos los elementos que entran en su formación. Desde este punto de vista considerados los conceptos son tan varios y múltiples como los objetos, puesto que son su semejanza y representación.

9. Considerada la naturaleza interna de estos dos aspectos del pensamiento, la conciencia testifica con igual claridad la dualidad y oposición del subjetivo y del objetivo. En cuanto acto subjetivo, es fenómeno de conciencia, tan contingente y variable como todos los fenómenos naturales; su ley es la inestabilidad y el cambio. La vida de la conciencia consiste en una sucesión de fenómenos que fluyen del fondo común de nuestro **sér** substancial: percepciones é ideas, juicios y razonamientos, emociones y tendencias, todos son realidades accidentales y fugitivas; para buscar la realidad en sí, lo permanente, hay que penetrar por el discurso en el fondo inconsciente de nuestro **sér**, donde se halla el principio y causa que los produce, y de la cual son todos estos fenómenos simples modalidades sin realidad propia. Objetivamente consideradas las ideas y sus relaciones, son necesarias y absolutas, las mismas siempre para las distintas percepciones de un individuo y para todos los individuos que conciben la representación ideal; y es que,

bajo este aspecto, las ideas no son actos subjetivos, sino participación y producto de la realidad ontológica, de la esencia permanente que constituye la ley interna de los seres. El pensamiento, como representación del sér, es necesario; no es producto de nuestra actividad interior, sino que se impone á esta actividad como norma y ley exterior á la que ha de acomodarse necesariamente en su ejercicio. La experiencia interna es aquí una protesta permanente, contra todo idealismo, de que nuestro pensamiento no es la norma y medida de las cosas, sino que las cosas son las que dan al pensamiento su norma y medida; no son las cosas porque las pensemos y en la medida que las pensamos, sino que las pensamos porque son, y en la medida que son y se ofrecen á nosotros. Cuantas veces el sabio piensa en el objeto de su ciencia, desfilan por su interior tantos fenómenos subjetivos distintos unos de otros en cuanto tales; pero es uno solo el contenido real de multitud de representaciones; así cuantas veces el matemático piensa en el círculo, como actos de su inteligencia son siempre diversos, pero como representación ontológica es siempre la misma. Y por eso la ciencia humana es universal, absoluta, siempre la misma para todos los hombres, porque expresa, no el aspecto subjetivo é individual del pensamiento, sino el lado que mira á las cosas, que es una copia mental del sér de las mismas y expresa sus leyes internas invariables.

Pero añadamos ahora que esta universalidad no consiste solamente en que un mismo objeto sea el contenido ontológico común de la conciencia de todos los individuos ó de actos sucesivos representativos de la conciencia de cada individuo; es decir, que esta universalidad no lo es solamente de parte del sujeto de la representación, que en este sentido todo conocimiento es universal, lo mismo las sensaciones que las imágenes y las ideas, aunque no en el mismo grado, sino de parte del objeto; y esta universalidad objetiva, fundada en la abstracción, es exclusiva y el carácter distintivo del pensamiento. Como más tarde se explica-

rá largamente, las sensaciones son sustitutos concretos é individuales de un objeto ó propiedad, concretos é individuales también; los conceptos é ideas, el pensamiento, al contrario, representan la esencia, las leyes internas comunes á un orden de seres que participan de la misma esencia y de las mismas leyes. Así, yo no puedo sentir en mi vista la impresión de una figura triangular, si no es concreta, de dimensiones y color determinados, ni puedo evocar su imagen visual si no es en estas mismas condiciones, puesto que la imagen es un eco débil que reproduce la sensación; la idea, por el contrario, expresa la esencia común á todos los triángulos, es una sola para todas las sensaciones posibles; representa, no lo que es, sino lo que debe y puede ser.

10.—En resumen: la idea, tal y como aparece á la conciencia, es una síntesis de dos términos, cuyos caracteres son opuestos el uno al otro. De parte del sujeto, la idea es un acto del espíritu, simple é indivisible; pero contingente y variable como todo fenómeno de conciencia; da parte del objeto, contiene variedad de elementos en que puede descomponerse, y expresa las razones internas constitutivas de los seres, las leyes universales y permanentes á que obedecen en el sér y en el existir. En todo concepto aparece esta dualidad como dato fundamental: en cuanto se refiere al sujeto, es actividad suya, es el yo obrando; en cuanto dice relación al objeto, implica una relación transcendental con el sér real, con algo que nos determina y sirve de límite y medida. Será ó no así como lo sentimos en la conciencia, pero es lo cierto que, invenciblemente, nosotros creemos sobre su testimonio que el contenido del concepto tiene su realidad fuera del espíritu; y no solamente creemos en la existencia de esa realidad, sino también en su conformidad con nuestro concepto. El sér real aparece como una actividad que se coloca frente á nuestra actividad. «El sujeto y el objeto, el yo y el no yo, forman con el acto ó concepto que los une una sola *realidad con dos caras*. El análisis descom-

pone esta admirable síntesis; pero la síntesis subsiste bajo la mirada intuitiva y concreta de la conciencia. Considerado por el lado subjetivo como modalidad del espíritu, el concepto procede del yo, es un efecto vital suyo é inmanente; bajo el aspecto objetivo no se distingue del objeto *idealmente representado*, del objeto *en cuanto conocido*.» (1) Tales son los hechos: tenemos conciencia intuitiva, inmediata del no yo en el yo, del objeto en el sujeto; el conocimiento objetivo de las cosas no es obra de discursos y de razonamientos, sino un sentimiento instintivo, espontáneo, irresistibles, de la naturaleza que nos impone la intuición de los objetos con la misma fuerza y claridad que la del sujeto. Y los hechos hay que admitirlos en toda su integridad; sólo cabe interpretarlos y examinar su valor.

11.—¿Pero cómo aceptar la realidad de los hechos según el testimonio de la conciencia, cuando este testimonio se opone á una interpretación racional, cuando los hechos atestiguados son ininteligibles y contradictorios? ¿No debe en semejante caso la razón rectificar aquel testimonio hasta adaptarle á una teoría racional? Tal es hoy la manera corriente de explicar los datos psicológicos del pensamiento.

La condición de toda teoría científica verdaderamente positiva ha de ser plegarse á los hechos, porque su fin es explicarlos. Y aquí, contra la dualidad real de los hechos, el idealismo y el empirismo rompen esta armoniosa síntesis, quedándose con uno solo de los términos; para el idealismo, el pensamiento es actividad pura del espíritu, que sería la única realidad, y cuando la conciencia opone á la actividad del yo un *no yo* como objeto del pensamiento, es víctima de un engaño; según el empirismo, lo ilusorio es la actividad subjetiva, lo único real es el contenido objetivo del pensamiento, las formas concretas que traducen en nuestro interior los

(1) Peillaube: *Théorie des concepts*, pág. 35.

fenómenos de la naturaleza. La inteligencia, dicen los idealistas, no puede salir de sí misma, no puede concebir cómo se verifica el enlace misterioso entre ella y lo que no es ella, entre el pensamiento absoluto y universal, y los fenómenos empíricos de la experiencia; hay entre el sujeto y el objeto un abismo que la razón no puede salvar. El empirismo, por el lado contrario, no ve cómo lo absoluto y necesario del pensamiento pueda constituir el enlace entre los fenómenos subjetivos y los fenómenos de experiencia, que no tienen, unos ni otros nada de absoluto y necesario; luego estos caracteres del pensamiento son una ilusión de la conciencia.

En el curso de la exposición que ha de seguir, haremos ver la posición falsa de una y de otra teoría frente á los hechos; en lugar de tomar los datos iniciales de la experiencia en toda su integridad, para construir sobre ellos la teoría ha parecido mejor hacer una selección de los datos parciales que se prestan á una explicación preconcebida; ó lo que es lo mismo, se ha falseado la realidad de los hechos, con el fin de adaptarla á la teoría, en lugar de concebir una teoría adaptable á la realidad. El carácter absoluto, necesario y universal del pensamiento es un hecho innegable, atestiguado por la conciencia, y negar el valor de este testimonio, como lo hace el empirismo, equivale á negar la conciencia misma. La ciencia humana estriba toda ella en estos caracteres del pensamiento, y si éstos son ilusorios, la ciencia, el conocimiento humano es una ilusión, un mito. No es cierto tampoco que de parte del sujeto y del objeto todo sea fenoménico, contingente y variable; en el fondo de todo fenómeno empírico, como más adelante demostraremos, existe lo necesario, absoluto y permanente, que es lo representado en el pensamiento.

12.—No es cierto, como pretende el idealismo, que la inteligencia esté encerrada en sí misma sin comunicación posible con lo trascendente; la inteligencia y la sensibilidad tienen un principio común, y sus actos se relacionan en la uni-

dad de la conciencia humana, y si inmediatamente la inteligencia no puede salir hasta los objetos ni los objetos por sí mismos llegar hasta ella, se establece la unión por medio de las representaciones de la sensibilidad, y en éstas percibe aquélla el objeto inteligible. Y así, por medio de las impresiones de la sensibilidad, la inteligencia sale hasta los objetos, y los objetos penetran hasta ofrecerse á la intuición de la inteligencia. ¿Que no podemos concebir cómo se verifica la síntesis subjetivo-objetiva de las ideas, dada la oposición de los términos? Si concebir es sinónimo de comprender, es cierto: no podemos ni quizá se podrá jamás llegar á una comprensión adecuada del problema; pero de que sea incomprendible, ¿se sigue que sea absurdo y contradictorio, y que, por tanto, no exista realmente la síntesis, como pretende el idealismo? (1). Precisamente para afirmar la contradicción, es necesaria la comprensión clara y distinta de las condiciones en que se unen los dos términos, y esto es lo que está fuera del alcance de nuestra razón.

(1) «La distinción entre el aspecto subjetivo y objetivo del pensamiento, entre la inteligencia que concibe y lo inteligible concebido, está puesta por la conciencia y el sentido común como una distinción real, bien que inexplicable, y para no tener necesidad de explicar esta distinción, la filosofía de Kant tiende á suprimirla, y reduce á la unidad la inteligencia y lo inteligible. En la hipótesis del sentido común no se puede explicar cómo la inteligencia y el objeto, siendo distintos, pueden entrar en contacto; pero en la hipótesis criticista es necesario explicar cómo una y otro aparecen del todo distintos, no siendo más que una misma realidad. En el primer caso, el problema puede formularse en estos términos platónicos: ¿cómo dos pueden llegar á ser uno? Y en el segundo: ¿cómo uno puede ser dos? Y no parece que esta segunda hipótesis kantiana tenga alguna ventaja sobre la primera del sentido común.

No parece, pues, del todo fuerza de razón el admitir el contacto de lo inteligible con la inteligencia, colocándose del lado de este pobre sentido común, al cual me parece bien que el filósofo no esté obligado á seguir, pero me parece también que no está obligado á volverle siempre la espalda.» (Fonsegrive: *Généralisation et induction*, *Revue phil.*; vol. VLI, pág. 524.)

Además, es un hecho fundamental de nuestra conciencia que la conciencia subjetiva ó *psicológica* y la objetiva ú *ontológica* que intervienen en las representaciones ideales, son solidarias una de otra, y no puede negarse el valor de la una sin que se arruine el valor de la otra. Y si las informaciones de la conciencia son sospechosas, ó carecen de valor sus intuiciones, renunciemos á pensar, el escepticismo es el término obligado de la razón. «Negar la autoridad de la conciencia ontológica, que nos informa acerca de la relación transcendental con alguna cosa objetivamente real, equivaldría á negar la autoridad de la conciencia psicológica, puesto que las dos son solidarias y se funden en una sola autoridad. Para poner en duda el testimonio irresistible de la conciencia ontológica, y sospechar que puedan ser falsos los primeros pasos de la inteligencia hacia lo verdadero, sería preciso olvidar que la naturaleza por todas partes tiende siempre á sus fines. Solamente á la inteligencia faltaría su fin, y el hombre sería un monstruo, el hombre como especie, lo cual es imposible, porque la locura es la excepción. No es un instinto ciego el que nos lleva á objetivar las razones de las cosas; las objetivamos porque tenemos de las mismas intuición directa en los conceptos. La ley natural de la objetivación resulta de un fenómeno de visión intelectual; la claridad de lo inteligible objetivo, irradiando en la facultad intelectual, como el color en un espejo, es el fundamento de la relación transcendental de correspondencia y de conformidad que la conciencia revela entre el concepto y la cosa concebida» (1).

(1) Peillaube: *Théorie des concepts*, pág. 396.